

M

B

6



OLIM

MB

70



MB

66





22

70

MB/66



Barbayan 70  
UNA GIRA



EN LA ALAMEDA DE OSUNA

MAYO 19, DE 1867

RELACION HISTÓRICA  
EN ONCE CUADROS AL PASTEL

TÍTULO DE LOS CUADROS

I La marcha.  
II La Alameda.  
III Los retratos.  
IV Ellos.  
V La navegacion.  
VI La comida.

VII El palacio.  
VIII El fantasma.  
IX Los bollos.  
X El regreso.  
XI El chocolate.  
Apéndice.

48854



MADRID  
IMPRENTA DE T. FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD NÚM. 29

MDCCCLXVII





## UNA GIRA EN LA ALAMEDA DE OSUNA.

---

### I.

#### La marcha.

Era una hermosa mañana  
de las del florido Mayo  
cuando entraban en un ómnibus  
largo, muy largo, muy largo,  
ocho damas españolas,  
si en el número contamos  
una niña pequeñuela  
y traviesa como el diablo.  
Diez los galanes serian  
entre arriba y entre abajo,  
pues los que adentro no caben  
se colocan muy ufanos  
en la vaca, compañeros  
de cestones y de fardos.

Una elegante victoria,  
propiedad de un ciudadano,  
que es en materia de amores  
libre-cambista avanzado,  
iba al ómnibus velero  
ó bien siguiendo ó rozando.  
En la victoria venían  
con su dueño dos muchachos  
que tienen fama en Madrid  
y pican siempre muy alto.  
A la Alameda de Osuna,  
á ese oasis encantado,  
que más que mansion de Duques  
parece de Soberanos,  
se dirigen los dos coches  
popular y aristocrático;  
cuál corre más de los dos  
no es fácil adivinarlo.  
Pero á poco se detienen,  
y gritos entrecortados  
por el rumor de las ruedas,  
las campanillas y el látigo,  
revelan que á cierta niña  
trasladar es necesario  
desde el ómnibus al coche,  
porque se marea algo.  
Con ella fué su papá,  
un Consejero de Estado,  
que se alegró del mareo  
porque por él fué más ancho.



## II.

### La Alameda.

Ya muy cerca de las doce  
á la Alameda llegaron.  
A sus puertas esperaba  
á los viajeros, simpático  
un grupo que componian  
tres personajes preclaros.  
Un Conde y una Condesa,  
ella precioso bocado,  
y una niña como un sol.  
Ya habreis conocido, harto,  
que los Condes que esperaban  
eran los Condes de Iranzo,  
y la niña que achicharra  
la remona Emma Madrazo.  
El guarda que vió dos coches,  
popular y aristocrático :  
« El uno puede pasar,  
dijo, pero está vedado

que éntre el de la servidumbre,  
 que es un vehículo ordinario. »  
 Una carcajada homérica  
 de los del ómnibus largo,  
 acogió la intimacion  
 de portero tan errado,  
 y en tanto las damas todas  
 del ómnibus se apearon  
 y las que las recibían  
 las daban besos y abrazos;  
 y unas subieron al coche  
 del jóven del libre cambio,  
 y otras marcharon á pié,  
 unas y otras contemplando  
 de la preciosa Alameda  
 los verjeles tapizados,  
 los estanques, las estátuas,  
 los prodigios sobrehumanos.  
 La plaza de Emperadores,  
 que más que plaza, es un pasmo,  
 sirvió á damas y galanes  
 como sitio de descanso.  
 Y puesto que ya sentadas  
 á la sombra de los álamos  
 están ellas y están ellos  
 y andan los niños jugando,  
 para colocar mi máquina  
 aprovecharé este rato,  
 á ver si sabemos quiénes  
 forman la gira de campo.



### III.

#### Los retratos.

Es una de las señoras  
la Marquesa de Santiago.  
Llevaba un corpiño azul  
que daba mayor resalto  
á las formas ¡ay qué formas!  
que el Marqués conoce tanto.  
Era negro su vestido,  
y me parece que largo,  
y lo tenía cogido  
con muy gracioso desgairo.  
Iba la Marquesa alegre,  
porque su genio es muy franco,  
mas en medio de su júbilo  
no pierde ni un solo rato  
de vista á los chiquitines  
de su ilustre casa vástagos.  
Otra señora casada,  
buena moza, aire romano,

al lado de la Marquesa  
se descubre, no me engaño ;  
es Carlota, la de Ochoa,  
dama de juicio tan claro,  
que más de cuatro académicos  
y más de cuarenta sabios  
quisieran saber lo que ella,  
dicen que, sabe soñando.  
Vestida con sencillez  
como requiere su estado,  
goza mirando las flores  
á quienes estima tanto,  
porque ella es floricultora  
de conocimientos vastos.  
Una dama habla con ella, •  
tipo elegante, bizarro,  
que unas llaman Isabel,  
y otras Condesa de Iranzo.  
Lleva camiseta azul  
y un sombrerito de campo  
color marron, con espigas  
de oro, como sus encantos.  
Más allá cinco muchachas  
retozan con Alvarado,  
con Finat y con Guerrico,  
tres buenos piés para un banco.  
La más alta, cual palmera  
descuella, porte galano,  
rubia como unas candelas,  
con unos cabos, ¡qué cabos!



Es Mariana, ¡qué muchacha!  
 pero basta de retrato,  
 que hay cuerpos facultativos  
 que se enojan, y me callo.  
 Otra niña, también rubia,  
 jugueteaba por el campo.  
 Elevada de estatura,  
 blanco el cutis como el ampo  
 de la nieve, delgadita,  
 de corte inglés, de los guapos:  
 ¿quién no conoce á Pepita  
 en este bosquejo basto?  
 Una primita la sigue  
 casi, casi tropezando,  
 Emma, la niña graciosa,  
 la perla de Jovellanos,  
 el vivificante sol  
 que ciega á banqueros tantos,  
 y á jinetes y artilleros  
 y á más de doce paisanos.  
 Aquella que ahora la besa  
 es Eugenia, ¡viva el garbo!  
 conjunto de sal de España  
 y de tono franco-mano.  
 Niña de cara tan fresca,  
 de ojos tan vivos, tan claros,  
 que de fijarse en alguno  
 se queda vizco en el acto.  
 De esta verdad nos responden  
 españoles y romanos,

y cierto rubio fantasma  
por la niña rechazado  
que la persigue ya á pié,  
ó bien en caballo blanco.  
Más allá la tierna Julia,  
severa está cavilando,  
pues un jinete al rozar  
el ómnibus en el Prado  
la dejó tan pensativa,  
que ni Finat con su gancho,  
ni Alvarado el coqueton,  
ni Guerrico el diplomático,  
la sacan del estupor  
en que ausencia la ha dejado.  
Digna hermana de las dos  
es Julia, de negros cabos,  
y es tan árabe su tipo,  
que cualquiera al contemplarlo  
dá desde luego la voz  
de «cierra España, Santiago.»  
Fué tambien otra señora,  
y la omito y me la trago,  
porque á ello me dá derecho  
cierto tiernísimo lazo  
que apretó la Santa Iglesia  
hace más de veinte años.  
¡Lástima grande, pardiez,  
fué que en grupo tan galano  
faltasen dos hermosuras  
ramas casi de un mismo árbol,



Tilin, la ya prometida  
á un pintor afortunado,  
é Isabel, la que promete  
y no cumple á más de cuatro.  
Faltaron á más ¡caramba!  
más que cónyuges, dos santos,  
la Santa Mimí la buena  
y el San Luis no tan honrado.  
Áun galanes de la gira  
no van especificados,  
pero en capítulo aparte  
iré marcando sus rasgos.

IV.

Ellos.

Retratadas las damas  
y los galanes,  
faltan sólo los pollos  
y los formales.

Y me parece  
que formales y niños  
bien lo merecen.

---

Es de la galería  
mi primer cuadro,  
el Senador ilustre  
Conde de Iranzo.

Persona fina;  
su carácter amable  
¡cuánto cautiva!

---



Él obsequia galante  
rubias, morenas,  
como buen caballero  
de la Edad media.

Sin que reparen,  
dirige á su Condesa  
dulces *regardes*.

Sentado allí se encuentra  
Eugenio Ochoa;  
parece pensativo,  
lo está de broma.

¿Sabeis qué piensa?  
en el arroz un poco  
y otro en su Eneida.

Anda más con las damas  
Pedro Madrazo,  
tan ameno en la corte  
como en el campo.

Y en sus delicias  
no se olvida un instante  
de sus dos hijas.



Agridulce en su trato,  
cortés y bueno  
corre por allí un jóven,  
robusto, grueso;  
pintor que en Roma  
á la niña Pastuchi  
fiero abandona.

---

Mas descuella entre todos  
por su estatura,  
primorosa elegancia  
y atencion suma,  
el de Palacios,  
que es de pollos formales  
espejo claro.

---

Servicial con las niñas  
segun barrunto,  
me las hizo felices  
en el columpio.

Y le dió tanto,  
que se quedó sin fuerzas  
para dos años.

---



Otro pollito habia  
de gran partido,  
que persigue á sus novias  
con fiero ahinco.

Pepe Madrazo,  
que su elegancia luce  
bien á caballo.

---

Alegre y comedido  
siempre Ricardo,  
dió juego, pero poco  
segun mis datos.

Sólo Isidoro  
dió señales de vida  
pegando á todos.

---

Isidoro que lleva  
un nombre ilustre,  
y que dará á las letras  
honor y lustre;  
pues ya revela  
la sangre literaria  
que hay en sus venas.

---

De otro jóven rubito  
cuenta la *Gira*,  
que aunque no mete ruido  
tierno suspira.

Se llama Arturo,  
y es hermano de aquellas  
de tan buen busto.

---

Otro muchacho habia  
risueño, amable;  
el jóven secretario  
suelen llamarle.

Todas le quieren,  
porque sobre ser útil  
es complaciente.

---

Y nos dió de ello prueba  
muy terminante  
trepando por un árbol  
por un volante.

¡Vaya con Lopez!  
más un ligero gamo  
parece que hombre.

---



Trinidad, pero enana,  
paso por alto,  
Salvador y Sofía  
y Emilio el malo.

No me interesan,  
porque son gentecilla,  
segunda mesa.

---

V.

La navegacion.

Por los jardines  
tras de las flores  
á estos señores  
se ve correr.  
Ellas con ellos  
muy divertidas  
entretenidas  
á su placer.

---

Sólo amargaba  
tanta ventura  
cierta figura  
que fija está.  
Es la del Guarda,  
que á mi Pepita  
feroz irrita  
y no se va.

---



En los Magyares  
persigue al lego  
con furor ciego  
soldado audaz.  
Y á las muchachas  
no deja un punto  
el Guarda adjunto,  
tostada faz.

---

« Llévanos, Guarda,  
no seas memo,  
donde esté el remo  
y á navegar.  
Llévanos, Guarda,  
no seas tonto,  
llévanos pronto  
á columpiar. »

---

« No se acaloren,  
buenas señoras,  
que pasen horas  
y remarán. »  
Esto les dice,  
¡qué pié de banco!  
el Guarda manco,  
su piedra iman.

---

« Otras señoras  
y caballeros  
reman ligeros  
con emocion. »  
Y era, en efecto,  
grupo caliente  
su presidente  
Tirso Obregon.

---

Por fin, Ochoas,  
Emmas, Santiagos  
llegan al lago;  
¡felicidad!  
Y todas juntas  
dánse á la vela;  
nadie recela  
la tempestad.

---

Pepa los remos  
coge briosa,  
y voluptuosa  
la barca va.  
Y dentro de ella  
acariciado,  
Finat osado  
se mece ya.

---



Con él Guerrico  
encuentra modo  
codo con codo  
de navegar.  
Con tripulantas  
de tal salero  
casi es certero  
el naufragar.

---

Por fin, la barca  
de encantos llena,  
llega con pena  
al gran salon.  
Y los dos tunos  
que la tripulan,  
allí formulan  
declaracion.

---

Luego otra barca  
algo más tarde  
haciendo alarde  
de sensatez  
el lago cruza  
siempre velera,  
pues va ligera  
como una nuez.

---



Desembarcada  
la caravana,  
pide con gana  
más diversion.  
Y agarraditos  
todos del brazo,  
va en tierno lazo  
la procesion.

---

Vuelta al columpio,  
vuelta á las flores,  
y á los amores  
que yo me sé.  
Y una visita  
al padre Arsenio,  
hombre de genio  
segun se ve.

---

Pues en la tumba  
que está á la puerta,  
dice que tuerta  
su vida fué.  
¡Hola, eremita!  
¡Enamorado  
como Alvarado  
anduvo usted!

---



Todo es tan lindo,  
hay tanta tela,  
que el tiempo vuela  
como corcel.  
Y apenas vemos  
las faisaneras,  
ni á las obreras  
de rica miel.

---

Marchad de prisa,  
gente importuna;  
pero la una  
el reloj dá.  
Y la campana,  
son que interesa,  
diz que la mesa  
espera ya.

---

Niñas, galanes,  
con furia insana  
hacen de gana  
punto al amor.  
y se dirigen  
muy jubilosos,  
muy presurosos  
al comedor.

---

## VI.

### La comida.

De rondon entraron todos  
en el comedor vastísimo,  
y encontraron una mesa  
llena de manjares ricos.  
La mesa de Baltasar,  
de Camacho el regocijo,  
eran dos niños de teta  
si se comparan, amigos,  
con la mesa que la Mery  
nos aderezó el domingo.  
Es verdad, que amaestrada  
por la Pepita, que es tipo  
de directoras de mesa,  
se ha hecho sábia en el oficio.  
Al centro se van los ojos,  
¡qué pavo *trufé* tan místico!  
¡qué jamon tan sustancioso!



y el uno y otro, ¡qué dignos  
 de las dos hermosas damas  
 que nos los han elegido!  
 no obstante, que ni Isabel  
 es pava como el pavito,  
 ni jamona la Marquesa  
 á quien el jamon debimos.  
 En la mesa, por mi cuenta,  
 se sentaron veinticinco,  
 Julia, Marquesa, Pepita,  
 Emma, Carlota, Perico,  
 Condesa y Conde de Iranzo,  
 Eugenia, Finat, Guerrico,  
 Lopez, Micaela, Alvarado,  
 Mariana, Eugenio y el niño,  
 Isidorin, Pepe y Diaz,  
 Palacios y Ricardillo,  
 Arturo y el poetastro,  
 que son veintidos y pico,  
 pero veintidos que forman  
 el número veinticinco  
 contando á los chiquitines,  
 que ví tres en un postigo  
 de la ventana, comiendo  
 como si fueran crecidos.  
 No hubo en la colocacion  
 un sistema bien previsto,  
 pues damas, como galanes,  
 nos sentamos do pudimos,  
 excepcion hecha de Hipólito,

el más tuno que ha nacido,  
 que como lirio entre rosas,  
 se colocó tamañito  
 entre mi Julia y mi Eugenia,  
 formando un alegre trio.  
 Mas una vez colocados,  
 mucha atencion y apetito,  
 porque ya sale el arroz  
 en dos peroles magníficos.  
 Pero ¡qué arroz! ¡santo cielo!  
 ¡Que vengan los del oficio,  
 vulgo *paellistas*, y digan  
 si en Ruzafa se ha comido  
 una paella valenciana  
 cual la paella del domingo!  
 ¡Cuál se chuparon los dedos  
 los veintiseis socios ínclitos,  
 que dejaron los peroles,  
 como quien dice, vacíos!  
 La gloria del tal arroz  
 á Carlota la adjudico,  
 pues el arroz y otras cosas  
 que en los peroles cogimos,  
 fueron de su iniciativa,  
 salieron de su bolsillo.  
 ¡Bien haya la mallorquina  
 que Palet nos cedió fino!  
 gran profesora en arroces  
 como debe serlo en pistos.  
 Por de pronto todos callan,



parecen frailes franciscos;  
 y es que comen, comen, comen  
 con tan voraz apetito,  
 que los trozos de tortilla,  
 por Dionisia repartidos  
 con equidad cicatera  
 cual si fueran pan bendito,  
 pertenecen ya á la historia,  
 se hace de ellos caso omiso;  
 porque ¿quién se acuerda ya  
 de tortillas, ni chorizos,  
 quiero decir, salchichones,  
 si todo se ha digerido?  
 « Venga otro plato de arroz, »  
 es el patriótico grito  
 que se oye en toda la línea  
 de comensales solícitos.  
 Y despues de sendos platos,  
 de Isabel el pavo rico  
 y el jamon de la Marquesa  
 se engulleron en un brinco,  
 amen de otras menudencias  
 en las que yo no me fijo;  
 y todo entre libaciones  
 de un espirituoso vino,  
 hasta que vino á la postre  
 el Champagne, y adios el juicio.  
 Todos hablaban á un tiempo,  
 voces, risas y suspiros  
 alternaban por do quier

con cien bromas de lo lindo.  
 Finat á sus dos muchachas  
 revolvía el muy ladino,  
 y Alvarado suspiraba  
 por lo que saben *poquitos*,  
 y Palacios hace platos,  
 y hace pucheros Guerrico  
 llorando por cierta niña  
 á quien Fortuna ha escogido  
 porque él la dejó escapar,  
 «Fortuna te dé Dios, hijo;»  
 y Paco come que come,  
 y Eugenio tinto que tinto;  
 todos, en una palabra,  
 calamocanos, mohinos.  
 Sonó la palabra «bomba,»  
 callaron todos, y dijo  
 un poeta, aunque viejo, alegre,  
 de ustedes muy conocido:  
 «Brindo con el alma fría  
 porque noto cierta ausencia,  
 por la graciosa María  
 que nos dejó en este día  
 á la luna de Valencia.»  
 Y á este brándis mil siguieron  
 que yo no apunté en mi libro,  
 y con risas jubilosas  
 fueron todos acogidos.  
 Pero en estas y las otras  
 iban casi á dar las cinco,



cuando dejamos la mesa  
y á los salones subimos;  
¡qué salones, qué salones!  
merecen otro capítulo.

## VII.

### El palacio.

« Íntimo amigo del Duque  
es el Señor Don Eugenio,  
y de palacio y jardines  
todo el día será dueño;  
que tal es mi voluntad,  
y á cumplirla, Pedro Herreros. »  
Con una carta como esta  
y unos mozos como aquellos  
y unas damas tan alegres,  
tú, lector, si eres discreto,  
lo que allí va á acontecer  
comprenderás desde luego.  
Están aquellos salones  
adornados con exceso.  
¡Qué riqueza de pinturas!  
¡Qué preciosidad de frescos!  
¡Qué relojes! ¡Qué juguetes!  
¡Qué primorosos objetos!



Bien en ellos se refleja  
 el genio altivo, soberbio  
 de aquella de Benavente,  
 señora de tanto peso,  
 que aunque Condesa de título  
 fué reina de sentimientos,  
 haciendo una posesion  
 sólo para su recreo,  
 que pudiera competir  
 con lo que hubiera más bello  
 de este género de quintas  
 en todito el universo.  
 Admirando estos primores,  
 nos sentamos sin respeto  
 en un lindo gabinete  
 colocado allá al extremo;  
 en él habia un piano,  
 y, manos, para que os quiero,  
 dijo el jóven Alvarado  
 en el *tocar* tan diestro.  
 Y tocó, y le acompañaron  
 con sus celestiales ecos  
 dos artistas aplaudidos  
 allá en la de Cedaceros;  
 la niña Eugenia y Palacios,  
 que cantan como en el cielo.

Las malagueñas  
 del de Palacios  
 á todos, todos

mucho gustaron.  
 No gustó ménos  
 el dulce canto  
 de Eugenia hermosa,  
 niña que amo;  
 pero era tarde,  
 brindaba el campo  
 con sus delicias.

La voz de *vámonos*  
 repiten todos,  
 y nos marchamos,  
 porque nos miran  
 como asustados  
 los dos Conserjes  
 estupefactos.

Pero á Mariana  
 la lleva á un lado  
 Finat indómito  
 que está muy lacio,  
 y me la dice  
 sin aparato:

« No me moviera  
 yo de este cuarto,  
 porque me siento  
 muy desmayado;  
 amor me mata,  
 y con sus dardos  
 todita el alma  
 me ha atravesado. »  
 « Pues que aproveche,



y hasta otro rato ; »  
dice la niña  
con mucho garbo.  
Y quedó solo :  
¡ pobre muchacho !  
Apenas salen  
del gran palacio ,  
al de este nombre  
con entusiasmo  
le llaman todas.  
Y *vamos, vamos.*  
¿ A dónde, niñas ?  
A columpiarnos ;  
y las columpia  
con gusto tanto ,  
que se dá un golpe  
en el costado.  
Y luego dicen  
que se ha quebrado  
no sé qué parte  
del calzon ancho.  
Mas dan las siete ;  
remusgo insano  
en los jardines  
alarma un tanto :  
los más juiciosos  
repiten : *vámonos* ;  
mas no se puede ,  
porque es el caso  
que con Pepita

los dos de Iranzo  
y la Marquesa  
forman cotarro.  
Llevarlas quieren  
en landó ancho;  
mas no parecen  
¡Jesús! ¡qué chasco!  
esas señoras  
con que ha quedado  
en conducir las  
en coche Iranzo.  
¿Cómo no vienen?  
¿Qué habrá pasado?  
Nocturno velo  
se extiende en tanto;  
¿cómo esperarlas?  
Las siete y cuarto.  
Renuncio á ello,  
dice, ¡canario!  
y su vacante  
llena en el acto  
con dos pobres  
que están al lado,  
y que se llaman  
Micaela y Paco.



## VIII.

### El fantasma.

Era ya hora de partir  
cuando todos observamos,  
en la placeta de entrada,  
un hombre con un mal jaco.  
Le tenía de la rienda  
mientras que un pollo, su amo,  
dirigia por la verja  
miradas de enamorado.  
«Es el fantasma, nos dicen,  
que no dá á Eugenia descanso,  
y le sigue cual su sombra  
á pié, en coche y á caballo.»  
Decir esto, y dar espuela  
el jinete á su Pegaso,  
fué cosa de dos minutos,  
desapareciendo rápido.  
Un amor sin esperanza,  
un imposible, ¡insensato!  
Pobre jóven, pobre jóven,  
los desdenes te mataron.

## IX.

### Los bollos.

Mas los goces, amigos, de este mundo  
nunca completos son, ¡damas y pollos!  
llorad, llorad, y con dolor profundo,  
pues que se hicieron noche ciertos bollos.

El Cronista, que no es un botarate,  
¿qué llevo? preguntó; no lleve nada  
á no ser que nos lleve chocolate,  
dijo de Ochoa la mujer amada.

Y llevó chocolate desde luego  
de bollos escoltado del Suizo,  
lo ménos seis docenas, que dan juego  
porque son más que bollos un hechizo.

Los bollos ¿dónde están? No en la cocina,  
Mery, Dionisia, son las responsables.  
¡Ay qué suerte de bollos tan indina!  
puesto que se han tornado en *introuvables*.



Al ver este conflicto Don Eugenio,  
hombre de corazon como muy pocos,  
en un arranque de su altivo genio  
nos dice : poca cosa os vuelve locos.

Pardiez que no tratais con un petate ;  
corónese en mi casa tan gran día ;  
en mi casa esta noche el chocolate,  
y allí bollos tendreis en demasía.

X.

El regreso.

Y dichas estas palabras  
voló el coche muy ligero,  
y en el ómnibus las damas  
poco despues se metieron,  
y los pollos en la vaca  
y algunos hombres adentro  
de esos que, gallos y todo,  
tienen ciertos privilegios.  
Orondas en la victoria  
Marquesa y Pepita fueron  
dirigidas por Finat,  
que es un piloto discreto  
cuando su buque por lastre  
lleva material tan bello.  
Cantos alegres sonaban  
del ómnibus por los huecos;  
el júbilo de la gira  
esparramaban los vientos,



y todos *entre dos luces*,  
con mucha broma y jaleo,  
penetraron en la villa  
do ostentan los madrileños  
el oso tradicional  
como emblema de sus hechos.

## XI.

### El chocolate.

Dan las diez, y congregados  
están en el comedor,  
de la gira, sí señor,  
ya todos los convidados.  
Sale el chocolate rico  
en las jícara hirviente,  
se anima toda la gente  
para arrimarle el hocico.  
Nadie dá paz á la mano  
ni se apercibe ¡qué horror!  
de un poeta improvisador,  
Don Gaspar Bono Serrano.  
Porque es de veras muy topa  
aquella turba elegante  
con la jícara delante  
moja que moja la sopa.



En vano el señor de Bono,  
el gran poeta don Gaspar,  
quiere la sopa atajar  
porque luchan con encono.  
Y el chocolate enemigo  
por devorar se desvelan,  
y sin perdonar la espuela  
lo meten en el ombligo.  
Mas Don Gaspar no desiste;  
como mosca en la nariz  
dá una embestida feliz,  
á sus versos; ¿quién resiste?  
«Dos minutitos, señores,  
prestadme vuestra atencion;  
ahí va una improvisacion  
acaso de las mejores.  
Y como esa os diré mil  
si así hago vuestra ventura;  
las improvisó este cura  
allá en la guerra civil.  
En el puente de Luchana  
al general Espartero  
le disparé muy ligero  
esta décima galana.»  
Y Don Gaspar improvisa  
sus versos de treinta y cinco,  
y las chicas dan un brinco  
y se me mueren... de risa.  
Que el Señor Serrano y Bono  
de las niñas preferido,

es su poeta más querido  
y tiene en cada alma un trono.  
Y lo merece, pardiez,  
porque es improvisador  
el ministro del Señor,  
una y otra y otra vez.  
Si alguna improvisacion  
se resiente de pensada,  
eso nunca importa nada  
porque gana en reflexion.  
Uno y otro dominando  
de los brándis el terreno,  
cuatro malos y uno bueno  
fueron los brándis brotando.  
Y á cada dama espeté  
su brándis correspondiente,  
compuesto así de repente  
y con amorosa fé.  
Dieron las doce, y el sueño  
nos empezaba á rendir;  
fuímonos pues á dormir  
con mucho gusto del dueño.  
Aquí termina importuna  
de la gran gira la historia;  
de otra mejor no hay memoria  
en la Alameda de Osuna.  
Pero falta bosquejar  
el retrato del cronista,  
que os ha seguido la pista  
sin dejaros respirar.



Y aunque es mi cara muy fea,  
Pedro, hermano de pintores,  
se encarga con mil amores  
de tan ingrata tarea.

M.

## APÉNDICE.

(Calla Paco y habla Pedro.)

Faltando aquí tan solo  
la firma del autor,  
que el retrato á la rúbrica  
supla será mejor.

Lo que á la masa el fuego  
que la convierte en pan;  
lo que el alcohol al lágrima;  
lo que al muftí el Korán.

Lo que á la tierra el agua,  
lo que al agua la luz,  
lo que el calor al pámpano  
y el sol al avestruz;

Lo que es para el bocado  
la nieve del mantel,  
y para el vaso véneto  
la espuma hirviendo en él;

Lo que son en las salsas,  
para decirlo al fin,



sal y pimienta y tréboles  
que excitan el magin;

Eso eres tú, Paquito,  
por regla general,  
y toda gira váquica  
sin tí es un funeral.

P.

100











BIBLIOTECA HISTORICA MUNICIPAL



1200012066



B

N